

1992

Jerarquía social y económica en El tungsteno de César Vallejo

Lisiak-Land Diaz

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Diaz, Lisiak-Land (Otoño 1992) "Jerarquía social y económica en El tungsteno de César Vallejo," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 36, Article 10.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss36/10>

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

JERARQUIA SOCIAL Y ECONOMICA EN *EL TUNGSTENO* DE CESAR VALLEJO

Lisiak-Land Díaz

Università Gabriele D'Annunzio, Pescara

Cuando se trata de realizar el análisis sociológico de la historia literaria, nos encontramos con la dificultad de movemos dentro de una abstracción filosófico-idealista o de una ecléctica positivista.

La interpretación de la génesis social de las obras literarias, durante la primera fase de su evolución, de 1900 a 1930, especialmente entre los historiadores rusos de la literatura, se basaba sobre todo en la teoría abstracta del espíritu de clase. Infatuados por esta teoría, junto con los críticos, daban una explicación de las características específicas de la obra de los diferentes autores con la propia psicología de clase, considerada portadora de los mecanismos económicos vigentes en el ambiente social al que tales escritores se sentían vinculados, por nacimiento o por educación. Todo esto dio como resultado un esquema estático, donde la obra aparecía aislada, con tendencias generales hacia el nacionalismo, y en un clima de lucha política e ideológica propio de la época.

Después de 1930, esta teoría es abandonada para dar espacio a otra que cultiva el exceso opuesto: ya no se explica todo con el espíritu de clase sino sólo con el espíritu nacionalista, con la importancia de las obras de grandes autores en el proceso de emancipación y de educación de las masas trabajadoras. Sin embargo, muchos de estos grandes escritores no poseían ni una opinión ni un ideal democrático; se decía que sus obras tenían un carácter educativo y útil para el pueblo, gracias a la profundidad de sus generalizaciones realistas, las que se efectuaban a pesar de las propias intenciones. El realismo se convierte así, en el concepto clave de investigación en materia de historia literaria, ampliándose siempre más y haciéndose también más hipertrófico su contenido. Y mientras la teoría abstracta de las clases había descompuesto el mecanismo literario en células estáticas, la teoría abstracta del espíritu nacional convierte en corriente una literatura con significado progresista, donde las características específicas de la obra de los diversos escritores promovían su individualidad.

La influencia de las clases sociales en la evolución de la literatura y el significado que asume para con el pueblo, son dos aspectos de su desarrollo nacional e histórico, con una fuerte vinculación entre uno y otro.¹

Fuera de la vida nacional no existen clases sociales, como no existen intereses e ideales de clase fuera de las perspectivas del devenir histórico de la sociedad nacional. Este devenir se manifiesta en etapas. El proceso del estadio anterior al sucesivo, está condicionado por los cambios que se verifican en la sociedad nacional. En cada situación de desarrollo histórico nacional, la vida intelectual es el resultado de la acción de fuerzas ideológicas determinadas, que representan un movimiento social y un específico modo de pensar.

César Vallejo (1892-1938)², poeta³, narrador y dramaturgo, una de las figuras preeminentes de la literatura peruana del siglo XX⁴, vive esta experiencia de subjetivación de la conciencia nacional. Ve y se desespera de la condición del hombre de su tierra, del indio, del mestizo, de los infortunios de su suerte y beneficio del poderoso, del rico y del instruido, también del mestizo sin escrúpulos. En su poesía vierte su dolor de abandonado, perdido, solo, desesperado y su melancolía triste y profunda, de padecimiento íntimo, lacerante, que encuentra confín sólo en la muerte. Usa la novela, para poder externar su deseo de lucha, de protesta, de esperanza y hace hablar a los personajes para volcar en ellos su rabia.

Ha influido su ideología marxista en la decisión de publicar *El tungsteno*⁵, pero ha guiado su creación, sobre todo el sentimiento de postración que le causa la situación social, política y económica del Perú⁶.

Está en efervescencia la difusión del comunismo y él se aferra a esta doctrina apasionadamente. No existen otras alternativas y lo dará a entender a través de su personaje, el herrero Servando Huanca, cuando dice: “—¡Ya verán ustedes! ¡Ya verán! Ahí tengo un periódico que me han enviado de Lima, escondido. Ahí dicen que Lenin va a ir a Rusia y va a levantar las masas contra ese Kerensky y lo va a botar y va a poner en el gobierno a los obreros y a los pobres. ¡Allí también dicen que lo mismo hay que hacer en todas partes: aquí en el Perú, en Chile, en el extranjero, en todos los países, para botar a los gringos y patrones, y ponernos nosotros, los obreros y los pobres, en el gobierno!” (T, 122)⁷. Incita a la rebelión, a la posesión del poder. Los países latinoamericanos aclaman una nueva forma de gobierno.

Pero Leónidas Benites, otro personaje, plantea el problema de la intelectualidad, de la necesidad de un poder cultural que sepa guiar las riendas de un país que debe ser reconquistado. Alude al capital, a la materia prima de la economía moderna y a su indispensable pertinencia en la administración social y política: “[...] Los indios y los peones no pueden ser gobierno. No saben ni leer. Son aún ignorantes. Además, hay dos cosas que no hay que olvidar: primero, que los obreros sin los intelectuales — abogados, médicos, ingenieros, sacerdotes, profesores — no pueden hacer nada, y no podrán, no podrán, ¡y no podrán nunca! Segundo, que los obreros así estuviesen preparados para

gobernar, tienen que ceder siempre los primeros puestos a los que ponen el capital, porque los obreros solo ponen su trabajo..." (T, 123), que se contrapone a la aseveración de las palabras de S. Huanca, corroborada por el apuntador de Quivilca. Existe una viva conciencia de ineptitud moral, de carencia de principios que se ve corroborada con el abuso y la malversación que cumple un sector privilegiado de la sociedad peruana: "—¡No, no, no! ¡Espéreme un instante! ¡Hágame el favor! Déjeme hablar. Vamos por orden: dice usted que los obreros no pueden hacer nada sin los abogados, profesores, médicos, sacerdotes, ingenieros. Bueno. Pero lo que pasa es que los curas, profesores, abogados y demás, son los primeros ladrones y explotadores del indio y del peón" (T, 123).

La reflexión de Benites da a entender que el tipo de educación impartida en las escuelas y universidades, había creado una tipología de gobernante y una discriminatoria clasificación socio-política, de la que es difícil rescatarse, por la difusión expresa de una tendencia clasista general como lo demuestran estas líneas:

Benites, en el fondo, tenía fe absoluta en la doctrina, según la cual, son los intelectuales los que deben dirigir y gobernar a los indios y a los obreros. Eso lo había aprendido en el colegio y en la Universidad y lo seguía leyendo en libros, revistas y periódicos, nacionales y extranjeros (T, 125).

La ideología de S. Huanca, despierta simpatía en el intelectual Benites, porque la conciencia del ex-empleado de la Mining Society recuerda experiencias del maltrato de obreros en una hacienda de azúcar de los valles de Lima⁸.

La postura revolucionaria de S. Huanca, la reacción de desengaño de Benites porque ha perdido el puesto de trabajo, y la venganza, ahogada en el despecho del apuntador, provocada por la muerte de Graciela, confluyen en la aprobación del proyecto revolucionario, al que se sugieren cómplices. Todo esto nos induce a pensar que son los sentimientos los que instigan a la revolución y no una verdadera conciencia de clase. Se confabula lo siguiente, siguiendo las últimas palabras de S. Huanca:

— Hay una sola manera de que ustedes, los intelectuales, hagan algo por los pobres peones, si es que quieren, en verdad, probamos que no son ya nuestros enemigos, sino nuestros compañeros. Lo único que pueden hacer ustedes por nosotros es hacer lo que nosotros digamos y oírnos y ponerse a nuestras órdenes y al servicio de nuestros intereses. Nada más. Hoy por hoy, ésta es la única manera cómo podemos entendernos. Más tarde, ya veremos. Allí trabajaremos, más tarde, juntos y en armonía, como verdaderos hermanos... [...] (T, 129)

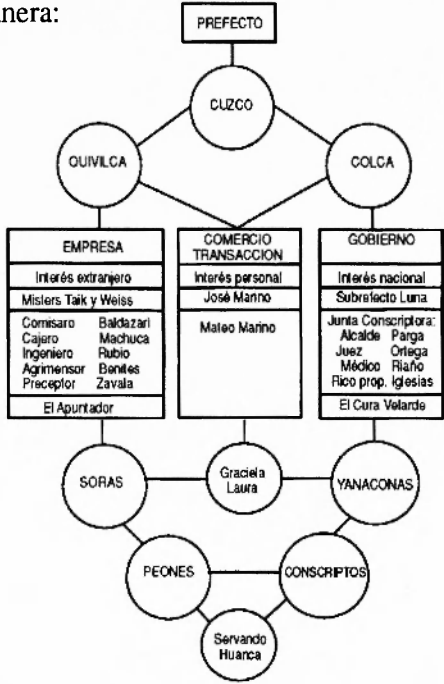
que es un himno de fraternidad, de confluencia de ideales a menoscabo de la jerarquización económica de clases.

Notamos que por el momento no hay otra alternativa también para Vallejo. La solución del problema socio-económico depende de la pérdida de prejuicios sociales y políticos. Se tiende a la unidad, a la liberación clasista y a la identidad de una conciencia nacional progresista.

El apuntador es un personaje marginal en el contexto, se lo nombra sólo como ex-amante de Graciela; sin embargo, es una figura clave en la conspiración que perpetra con S. Huanca y Benites, al final de la novela, porque desvirtualiza la actitud del héroe “patriótico:” [...] el apuntador [...] No podía dormir. Entre los pensamientos y las imágenes que guardaba de las admoniciones del herrero sobre “trabajo”, “salario”, “jornada”, “patrones”, “obreros”, “máquinas”, “explotación”, “industria”, “productos”, “reivindicaciones”, “conciencia de clase”, “revolución”, “justicia”, “Estados Unidos”, “política”, “pequeña burguesía”, “capital”, “Marx”, y otras, cruzaba esta noche por su mente el recuerdo de Graciela, la difunta” (T, 134).

Vallejo pertenecía a la casta de los intelectuales como Benites, pero su origen indio y mestizo lo ubica en la jerarquía de los desheredados, de aquellos que confrontada su identidad, constituyen el peruano moderno. Vallejo es, pues, Benites y S. Huanca al mismo tiempo, de allí, posiblemente, el deseo de reivindicación. El apuntador, en cambio, es la personificación del pueblo, con el anhelo de justicia que lo ahinca a la rebelión.

En la sociedad peruana, así como en gran parte de los países latinoamericanos, el capital extranjero rige el destino de la economía nacional, reduccionando su propia autonomía. Y se establece una graduatoria, que Vallejo presenta de esta manera:



Por una parte están los que representan a la empresa norteamericana Mining Society en las minas de tungsteno de Quivilca en el departamento del Cuzco y son Mr. Taik y Mr. Weiss, gerente y subgerente, respectivamente, de esta sociedad, y ante los cuales el comportamiento de los demás es el siguiente: “[...] cuando Marino no podía obtener directamente de misters Taik y Weiss tales o cuales ventajas, facilidades o, en general, cualquier favor o granjería, Marino acudía a Baldazari y éste intervenía, con la influencia y ascendiente de su autoridad, obteniendo de los patrones todo cuanto quería José Marino” (T, 42).

A su vez, el predominio que el gerente ejerce sobre José Marino (comerciante de provincia), se plantea en este diálogo:

Mister Taik le había dicho secamente a José Marino:

— Usted me pone, antes de un mes, cien peones más en las minas...

— Haré, mister Taik, lo que yo pueda — respondió Marino.

— ¡Ah, no! No me diga usted eso. Usted tiene que hacerlo. Para los hombres de negocios, no hay nada imposible...

[...] Bueno. Bueno. Cien peones más dentro de un mes. Sin falta.

Y mister Taik salió solemnemente de su oficina. José Marino, caviloso y vencido, lo siguió a pocos pasos (T, 56).

En Quivilca, junto al *gerente* y al *subgerente* de la empresa, trabajan para la Mining Society los peruanos: el *cajero*, Javier Machuca, el *ingeniero* Baldomero Rubio; el *comisario* del asiento minero, Baldazari; el *agrimensor* Leónidas Benites, ayudante de Rubio y el *preceptor*, profesor Zavala. Todos ellos se reúnen regularmente para divertirse juntos, como corresponde al rango social que les “compete”, ignorar del mínimo sentido de responsabilidad civil: “En el bazar de José Marino solían reunirse después de las horas de trabajo, a charlar y a beber coñac — todos trajeados y forrados de gruesas telas y cueros contra el frío —, misters Taik y Weiss, el ingeniero Rubio, el cajero Machuca, el comisario Baldazari y el preceptor Zavala, que acababa de llegar a hacerse cargo de la escuela. A veces, acudía también Leónidas Benites, pero no bebía casi, y solía irse muy temprano. Allí se jugaba también a los dados, y, si era domingo, había borrachera, disparos de revólver y una crápula bestial” (T, 19). La conversación versaba sobre argumentos de interés político y económico, hasta degenerar en las minuciosidades de la vida privada y sus depravaciones: “Al principio de la tertulia, se hablaba de cosas de Colca y de Lima. Después, sobre la guerra europea. Luego se pasaba a tópicos relativos a la empresa y a la exportación de tungsteno, cuyas cotizaciones aumentaban diariamente. Por fin se departía sobre los chismes de las minas, las domésticas murmuraciones vinculadas a la vida privada” (T, 20).

La conducta sórdida y escandalosa, donde el instinto y la pasión humana no encuentran atenuantes, se manifiesta en la violencia sexual que se comete con Graciela, la india amante y servil de José Marino, hasta matarla:

Los primeros en gustar la preda fueron, naturalmente, los patrones *misters* Taik y Weiss. Los otros personajes entraron luego a escena, por orden de jerarquía social y económica: el comisario Baldazari, el cajero Machuca, el ingeniero Rubio y el profesor Zavala. José Marino, por modestia, galantería o refinamiento, fue el último (T, 50).

En esta casta de Quivilca, el agrimensor Benites, que había seguido estudios de ingeniería y el *apuntador*, de quien no se dice el nombre, son los únicos a no participar en la escena de violencia carnal.

Los *peones* forman la masa trabajadora de las minas, la versión deshumanizada de la sociedad, para quienes la lucha por la sobrevivencia y el deseo de progreso, van implícitos en el esfuerzo y el sacrificio: “Varias veces se suspendió el trabajo por falta de herramientas y no pocas por hambre e intemperie de la gente, sometida bruscamente a la acción de un clima glacial e implacable” (T, 11), son las víctimas de la explotación moral de parte de las autoridades: “Salfan de noche a recorrer los campamentos obreros y los trabajos en las minas, acompañados de un gendarme. A veces, Baldazari se quedaba a dormir, de madrugada, en alguna choza o vivienda de peones, con la mujer, la hermana o la madre de un jornalero” (T, 41).

Por otra parte, los miembros del gobierno en Colca, representan el poder militar y los ciudadanos ricos, el civil, con Luna como *subprefecto* y su *Junta Conscriptora* formada por el *alcalde* Parga, el *juez de primera instancia*, doctor Ortega, el *médico provincial*, doctor Riaño, y el vecino notable de Colca, Iglesias, el *más rico propietario de la provincia*.

El subprefecto Luna posee una ejecutoria administrativa larga y borrasca: “Capitán de gendarmes retirado, seductor y jugador, disponía de un ingenio para la intriga extraordinario. Nunca, desde hacía diez años, le faltó puesto público. Con todos los diputados, ministros, prefectos y senadores, estuvo siempre bien” (T, 78). Personifica a otra escoria de la sociedad, a aquella que se sustenta del servilismo manifiesto a los hombres del poder político, para obtener de ellos recomendaciones y empleo.

El médico Riaño es un joven de treinta años y “según se decía, de familia decente de Ica... [...] Se declaraba con frecuencia un idealista, un patriota ardiente, aunque, en el fondo, no podía esconder un arribismo exacerbado” (T, 77).

De Iglesias, las afirmaciones son las mismas que se atribuyen a otros tantos propietarios latifundistas de otras zonas del Perú:

[...] las cuatro quintas partes de las fincas urbanas de Coica, eran de su exclusiva pertenencia. Tenía, además, una rica hacienda de cereales y cría, “Tobal”, cuya extensión era tan grande, su población de siervos tan numerosa y sus ganados tan inmensos, que él mismo ignoraba lo que, a ciencia cierta, poseía (T, 77).

Representa la riqueza adquirida con la usura y el dolor causado a los pobres: “Sus robos fueron tan ignominiosos, que llegaron a ser temas de yaravíes, marineras y danzas populares” (T, 77).

El alcalde Parga hará esta declaración: “¡Yo soy todo de los yanquis! ¡Yo se lo debo todo! ¡La alcaldía! ¡Todo! ¡Son mis patrones! ¡Son los hombres de Colca!” (T, 112); que no hace otra cosa que exaltar la actitud interpelante de subyugación voluntaria e interesada.

El *cura* Velarde es otro personaje que forma parte de este grupo, con la actitud del laico insignado de poder, que corrobora su comportamiento inmoral con la ignominia de su conducta: “El cura se quitó la sotana y se hizo el protagonista de la fiesta. Bailaba y cantaba en medio de todos y a voz en cuello. Después propuso ir a casa de una familia de chicheras en la que el cura y el doctor Riaño tenían pretensiones escabrosas respecto de dos indias buenamozas” (T, 112),

El *secretario del subprefecto*, Boado, pertenece también a esta categoría, aunque en el grupo de los sometidos por deber y por ambición. Después de él la parte integrante de la masa militar: el *ordenanza* Anticon, el *sargento* y los *gendarmes*, que se encargan de procurar el grupo de los *conscriptos* o *enrolados* para el servicio militar obligatorio, reclutados en las zonas andinas y que viven completamente a oscuras de la existencia de un Poder Ejecutivo. Entre los gendarmes se da un tipo de sentimiento de clase, referida a la región de procedencia; existe rivalidad entre costeños y serranos: “La mayoría de los gendarmes eran costeños [...] Los de la costa del Perú sienten un desprecio tremendo e insultante por los de la sierra y la montaña, y éstos devuelven el desprecio con un odio subterráneo, exacerbado” (T, 92).

La parte que corresponde a la clase de los *comerciantes* y *transaccionistas*, la cumplen los hermanos José y Mateo Marino, que son originarios de Mollendo, donde se desempeñaban como cargadores de la estación de ferrocarril y desde hace doce años establecidos en la sierra. Habían empezado a trabajar en Colca, en una tienducha, situada en la calle del Comercio, donde ambos vivían y vendían unos cuantos artículos de primera necesidad. De ellos se interroga el autor sarcásticamente: “¿Cómo y cuándo pasaron de la conducta o contextura moral de proletarios, a la de comerciantes o burgueses? ¿Siguieron, acaso — una vez de propietarios de la tienda de Colca — siendo en los basamentos sociales de su espíritu, los antiguos obreros de Mollendo?” (T, 58), para dar luego respuesta, narrando la tragicómica escena del preparativo y el nerviosismo ansioso de la presentación a la “buena sociedad” de los hermanos. Se evidencia ese momento en estas trazas: “Los hermanos Marino saltaron de clase social una noche de junio de 1909. La metamorfosis fue patética” (T, 59). Era el cumpleaños del alcalde de Colca y los Marino fueron invitados, entre otros personajes, a comer con el alcalde; “Ni José ni Mateo querían ir al banquete, de vergüenza de sentirse en medio de aristócratas. Sus pulmones

proletarios no soportarían un aire semejante” (T, 59). Sin embargo, Mateo asiste y no obstante el dolor que le causan los zapatos, “Mateo se sintió elegante y aun estuvo a punto de sentirse ya burgués. [...] Mateo saludó con perfecta corrección: —¡Señora, tanto honor! [...] El puente de la historia, el arco entre clase y clase, había sido salvado” (T, 60). La trágica ironía de un cambio drástico de clase social, que no hace otra cosa que ridiculizar los connotados de autenticidad y orgullo.

Los hermanos Marino se habían convertido, en poco tiempo, sobre todo a causa del descubrimiento de las minas de Quivilca, en grandes hombres de finanza, cuyo nombre comenzaba a ser conocido en todo el centro del Perú, dirá el autor⁹. El solo movimiento de mercancías de sus bazares de Colca y Quivilca, representaba respetables capitales; además tienen la exclusiva de proporcionar a la empresa norteamericana¹⁰ toda la mano de obra necesaria para la explotación minera de Quivilca y del abastecimiento, venta de víveres y mercaderías a la población de la zona: “Marino Hermanos, de este modo, se constituyen en intermediarios, de un lado, como verdaderos patrones de los obreros, y, de otro lado, como agentes o instrumentos al servicio de la empresa norteamericana” (T, 54).

Graciela, La Rosada en Quivilca y Laura en Colca, son dos *indias* que brindan su cuerpo y su servilismo a los hermanos Marino. Son dos personajes que se encuentran ubicados en la escala social que vincula la clase india pobre a la del comerciante enriquecido con engaños, intrigas y adulaciones: “La Rosada era una de las queridas de Marino (José). Muchacha de dieciocho años, hermoso tipo de mujer serrana, ojos grandes y negros y empurpuradas mejillas candorosas, la trajo de Colca como querida un apuntador de minas” (T, 39) y que muere víctima de la lujuria de las otras esferas sociales.

Laura, en cambio, por haber vivido desde su niñez la vida de provincias, se ha afinado, y ha adquirido hábitos y preocupaciones de señorita aldeana; sabe leer y escribir y desempeña en la casa de los hermanos Marino el múltiple rol de cocinera, lavandera, ama de llaves, sirvienta de mano y “querida” de Mateo, “pero cuando José llegaba a Colca, Laura solía acostarse también con él” (T, 63).

Hay un sentimiento de clase tácito, innegable¹¹, que caracteriza a los indios soras y yanaconas, que constituyen el grupo social étnico, típico de la región, y que para la Mining Society es la mano de obra en las minas, para el gobierno constituye la reserva de conscriptos y enrolados, y manejados indiscriminadamente por José Marino son el trueque de sus transacciones.

Los *soras* son los indios que desde su condición, indigente o no, según lo que se pretenda remarcar, representan al hombre natural, puro, incontaminado, ignaro de la realidad que lo circunda: “Cuando se acaban los víveres y no venían otros de Colca, los soras cedían sus granos, sus ganados, artefactos y servicios personales, contentaban con vivir en armoniosa y desinteresada amistad con los mineros, a los que los soras miraban con cierta curiosidad infantil, agitarse día y noche, en un forcejeo sistemático de aparatos fantásticos y misteriosos”

(T, 11). No dan los soras un valor económico a las cosas, no conocen el valor del dinero:

El sora no se había dado cuenta de si esa operación de cambiar su terreno de ocas con una garrafa era justa o injusta. Sabía en sustancia que Marino quería su terreno y se lo cedió. La otra parte de la operación — el recibo de la garrafa — la imaginaba el sora como separada e independiente de la primera. Al sora le había gustado ese objeto y creía que Marino se lo había cedido, únicamente porque la garrafa le gustó a él, al sora (T, 16)

Principios y costumbres que nos ponen delante a un sistema de organización civil y moral que, respetando la ética del bien y de la caridad, no conlleva compromisos de dependencia.

Los *yanaconas* están representados por Isidoro Yépez de 18 años y Braulio Conchucos de unos 23, dos “enrolados” que por primera vez llegan a Colca:

Analfabetos y desconectados totalmente del fenómeno civil, económico y político de Co'ca, vivían, por así decirlo, fuera del Estado peruano y fuera de la vida nacional. Su sola relación con ésta y con aquél se reducía a unos cuantos servicios o trabajos forzados que los yanaconas prestaban de ordinario a entidades o personas invisibles para ellos (T, 80).

El estado de sumisión y desamparo del hombre del pueblo, de soledad y miseria¹² se hace plegaria cuando constata su propia impotencia: “El padre de Braulio Conchucos se acercó y besó la mano del subprefecto. Los otros dos indios — padre y tío de Isidoro Yépez — volvieron hacia éste y le pusieron su sombrero” (T, 80).

Son la parte de la sociedad maltratada y torturada, sin razón, por la culpa de una ignorancia que les ha permitido vivir en libertad, cuando no encarcelados por una justicia que no comprenden y les descubre atemorizados e indefensos. Son la mercancía del que ostenta poder y riqueza con oscuros manejos ilícitos:

Así quedó acordado entre José Marino y el subprefecto Luna. En la noche de ese mismo día, y previa una selección de los más humildes e ignorantes, fueron sacados, en la madrugada, veinte indios de la cárcel, de tres en tres. [...] Los indios iban acompañados de dos gendarmes, bala en boca y conducidos a las afueras de Colca, sobre el camino a Quivilca (T, 117).

Los veinte indios llevaban amarrados los brazos a la espalda y todos ligados entre sí por un sólido cable, formando una fila en cadena, de uno en fondo. Nadie les había dicho nada, ni adónde se les llevaba ni por cuánto tiempo, ni en qué condiciones: “Ellos obedecieron sin proferir palabra. Se miraban entre sí, sin comprender nada, y avanzaban a pie, lentamente, la cabeza baja y sumidos en un silencio trágico” (T, 118). Los siete guardias de los indios iban armados de revólveres, carabinas y abundante munición.

El poder central, jerárquico, que gobierna la ley del ignorante y permite la ignorancia de la ley¹³, no puede ejercer una patria potestad exenta de un sentimiento de culpa.

El *prefecto* del Cuzco, Ledesma, es en la novela la máxima autoridad de la zona, y por lo tanto, el responsable directo de la actitud de sus subditos, como se puede deducir de este telegrama: "Subprefecto. Colca. Requírole contingente sangre fin mes indefectiblemente. (Firmado) Prefecto Ledesma" (T, 78).

La jerarquía social y económica va sintetizada en lo que sigue, en la injusticia que se esconde disfrazada de sentido del deber: "Las autoridades y la pequeña burguesía hacían responsables de lo sucedido al bajo pueblo, es decir, a los indios. Una represión feroz e implacable se inició contra las clases populares" (T, 103). Se refiere aquí, a la protesta a voces de la población por la muerte de Braulio Conchucos, víctima del atropello físico y moral de sus torturadores¹⁴.

El final de la obra no es una apoteosis al sentimiento patriótico y altruista. El egoísmo de las vivencias y frustraciones personales se prediligen en la voluntad de lucha. No hay una emulación ideológica del sentimiento de clase, presente sólo en S. Huanca. Da la sensación que Vallejo hubiera querido concluir la apresuradamente; que era necesario dar las pautas revolucionarias sin perder tiempo, cuando la trama novelesca ofrecía aún tanta tensión que habría podido ser enriquecida de más elementos telúricos e ideológicos. No es un político experto y plantea sólo pruebas de asentamiento para el gobierno de una nación.

El mérito está, sin embargo, en la clara distinción del rol que cada personaje cumple en el contexto de la novela. No se mezclan las castas, aunque se acerquen, no se sobreponen los episodios, no se integran los elementos sociales periféricos, y el mensaje transmitido por axiomas cognoscitivos, traduce un lenguaje referencial culto en el relato, popular y vernáculo en los diálogos.

Tratando aquí, el tema del indio en la sociedad moderna, Vallejo ha dado inicio, lo planteamos, a la novela indigenista en el Perú, pues antes de él lo insinuaron la peruana Clorinda Matto de Turner con *Aves sin Nido* (1889) y el boliviano Alcides Arguedas con *Raza de bronce* (1919), pero con connotados y paradigmas diferentes. ¿Ha influido Vallejo en la obra de Ciro Alegría, *Los perros hambrientos* (1939), *El mundo es ancho y ajeno* (1941), su discípulo en la escuela elemental?

NOTAS

- 1 Véase, György Lukacs, *Sociología de la literatura*, Península, Madrid, 1966.
- 2 Véase André Coyné, *César Vallejo*, Ediciones Sea. Trujillo-Perú, 1989.
- 3 “Così, dagli inizi ancora legati al modernismo, e tuttavia già fortemente orientati verso una lettura selettiva di quel momento, si svolge l’episodio eroico di *Trilce* (1922), esempio unico, nella storia dell’avanguardia, di una ricerca sostanzialmente solitaria rivolta a esplorare le frontiere espressive del linguaggio”. Antonio Melis, “La poesía ispanoamericana dal modernismo a oggi”. en AA.VV., *La cultura del 900*, edición de Berardinelli y C. Di Girolamo, Mondadori Editore, Milán, 1981, p. 228.
Véase AA. VV.. *César Vallejo*, edición de Julio Ortega, Taurus, Madrid. 1981.
- 4 La Editorial Laia de Barcelona ha publicado las obras de Vallejo en la colección que sigue el siguiente plan: 1. *Los heraldos negros, Trilce*; 2. *Escalas melografiadas, Fabla salvaje, Hacia el reino de los Sciris, Cuentos cortos*; 3. *Poemas en prosa, Contra el secreto profesional*; 4. *El arte y la revolución*; 5. *Lock-out, Entre las dos orillas corre el río* 6. *El tungsteno, Paco Yunque*; 7. *Rusia en 1931, Rusia ante el 2º Plan quinquenal*; 8. *Poemas humanos, España, aparta de mí este cáliz* 9. *Colacho hermanos, La piedra cansada*. Junto a *Poemas en prosa*, escritos entre los años 1923-1924, ha publicado, por indicación expresa de Georgette Vallejo, viuda del escritor, los “Apuntes biográficos” redactados por ella, y en los que polemiza con las diversas interpretaciones sobre la vida y la obra del poeta.
- 5 “Es obvio que Vallejo no esperó escribir *El tungsteno* para adoptar dicha posición política, la que tenía adoptada desde 1929 y, en realidad, a raíz de su primer viaje a la URSS (octubre 28), pudiendo hasta deducir que es más bien y precisamente su nueva orientación ideológica que le hubiera llevado o decidido a escribirlo”. Georgette Vallejo. “Apuntes biográficos”, en César Vallejo, *Poemas en prosa, Contra el secreto profesional*, Editorial Laia, Barcelona. 1983, p. 125.
- 6 En marzo de 1931, tras haber sido expulsado de Francia por sus actividades políticas, y ya en Madrid, Vallejo publica *El tungsteno*, novela en la que revela las incalificables condiciones de existencia y la crueldad del trato que se inflige a las masas indígenas del Perú; “libro muy amargo, de trágicos mascarones, dominado por un compromiso apasionado, origen de un desequilibrio no siempre controlado, aunque eficaz en la denuncia de la situación de los trabajadores de las minas peruanas”, en Giuseppe Bellini, *Historia de la literatura hispanoamericana*, Castalia, Madrid, 1985, p. 396.
Se ha insinuado que Vallejo haya escrito *El tungsteno*, basándose en los relatos hechos por su hermano Manuel, que trabajaba en un centro minero. Sin embargo, no creemos sea factible una afirmación semejante, porque la autenticidad de Vallejo va

reconocida y confirmada por la esposa, que ha declarado: "Transcribe lo que ha presenciado, oído, visto y padecido, en forma directa o como fuere", Georgette Vallejo, op. cit., p. 122.

7 César Vallejo, *El tungsteno*, Editorial Laia, Barcelona, 1981. Para las citas textuales de la obra utilizamos la letra T y el número de la página.

8 Posiblemente se refiera al recuerdo inolvidable que testimonia la viuda del escritor: "Vallejo, repito, no tenía apuntes 'escritos' ni en el folder *Código civil* ni en ninguna parte, pues de tenerlos, los hubiera aprovechado. Lo que Vallejo tenía en mente, sí, y ya desde 1913 seguramente, eran los 'recuerdos' que guardaba de la Hacienda 'Roma' que él además relataba frecuentemente y no sin obsesión, y ansiaba transcribirlos no sólo desde 1926/1927, sino desde tiempo antes", Georgette Vallejo, op. cit., p. 123.

9 Aquí no hay una correspondencia geográfica con la realidad peruana. Vallejo habla de Quivilca como un distrito del Cuzco, pero sabemos que el Cuzco está en el sur del Perú. Suponemos que Quivilca corresponda a Quiruvilca, ciudad andina del centro peruano.

10 Véase Rodolfo Stavenhagen, *Sociología y subdesarrollo*, Nuestro Tiempo, México, 1972.

11 Probablemente los países más blancos del continente americano sean Argentina y Uruguay, no obstante el gran porcentaje de mestizaje indio que puebla el interior. Sin embargo, nos es dado considerar que el vocablo "blanco", en América, encierra sobre todo un anhelo psicológico y un modo de vivir económico y social más que un efectivo lazo étnico de sangre. Igual ocurre con indios y cholos. Son razas sociales antes que razas singuineas. "El mayor volumen de población 'india' se halla en México, Centroamérica (excepto Costa Rica), Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, Brasil y en Colombia. El mestizaje de indio y español predomina sobre otra mezcla en Indioamérica", en Luis Alberto Sánchez, *Historia General de América*, EMI S.A., Lima, 1987, p. 1017.

La población mestiza de blancos e indios ocupa, en su mayoría, los cuadros gubernativos. De ella han surgido casi todos los principales caudillos de América no sajona. Hasta fines del siglo pasado no se hablaba de clases sociales sino de ricos y pobres. El surgir de movimientos laicos y corrientes migratorias había dado paso a una clase hasta entonces desconocida: la clase media, con retraso de un siglo respecto a Francia. La luchas sociales tuvieron como primeros escenarios los puntos donde la industria había desarrollado el espíritu de clase. "América latina cuenta con un campesinado que todavía cobra su salario en especies (con la coca), reducido la verdadera situación de servidumbre feudal (el 'pongo' de Bolivia, Ecuador, Perú), mantenido en estado de analfabetismo y dentro de un régimen de vida muy bajo", en Luis Alberto Sánchez, op. cit., p. 1020.

Véase Jacques Lambert, *Amérique Latine: structures sociales et institutions politiques*, Presses universitaires de France, París, 1963.

- 12 Véase Theodor W. Adorno, *Crítica cultural y sociedad*, Ariel, Madrid, 1969.
- 13 Véase G. E. Rusconi, *Teoría crítica de la sociedad*, Martínez Roca, Barcelona, 1963.
- 14 Véase György Lukács, *Historia y conciencia de clase*, Grijalbo, México, 1969.